

## Fernando Fernández Martín (1936-2018)

*In memoriam*

El día 21 de agosto de este año, fallecía en Soria, mi padre, nuestro compañero, Fernando Fernández Martín de una hemorragia cerebral a los 82 años.

Fernando nació en Salamanca el 18 de mayo de 1936, en el seno de una familia modesta. Creció en Gomecello, un pueblo cercano a Salamanca, donde su padre era el jefe de la estación de ferrocarril y desde donde cogía el tren todos los días para ir a estudiar a la capital el bachillerato y la carrera. Allí se licenció en Ciencias Químicas en junio de 1958 y obtuvo el Grado en febrero de 1960. Seguidamente se trasladó a Madrid para comenzar su etapa predoctoral en el Instituto de Química-Física Rocasolano del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (IQF-CSIC) bajo la dirección del profesor Mateo Díaz Peña. En marzo de 1963 defendió su tesis doctoral en la Universidad Complutense de Madrid, siendo posteriormente profesor ayudante en el Departamento de Química-Física, donde encontraba y ha encontrado a lo largo de los años a sus amigos para tomar el café. Realizó una estancia postdoctoral en la Universidad de Wageningen, Holanda, ya casado con su adorada Adelia, donde pasaron un año con mucho frío, tal como contaba mi madre. Durante los siguientes años estuvo en el Departamento de Lipoquímica del Centro Nacional de Química Orgánica del Patronato Juan de la Cierva-CSIC, primero como postdoctoral y luego como funcionario de carrera desde 1965. En 1970 ganó el Premio de Investigación Individual “Juan de la Cierva” por su trabajo en “Propiedades físicas de los productos lácteos, sus correlaciones con la temperatura y la composición”. Posteriormente, se trasladó al Instituto de Productos Lácteos del CSIC en Arganda del Rey, Madrid, donde estuvo (fue Profesor de Investigación a los 39 años) hasta el año 1978; año en el que se incorporó por razones familiares al Instituto del Frío, ahora denominado Instituto de Ciencia y Tecnología de los Alimentos y Nutrición (ICTAN-CSIC). Se jubiló como profesor de Investigación *Ad Honorem* en el 2014, tras haber recibido el reconocimiento a los 50 años de servicio al CSIC en el 2011. En mi casa desde que éramos muy pequeños siempre sabíamos qué leche era mejor, el chocolate más puro, los



El profesor F. Fernández Martín

aceites más saludables, las salchichas con más contenido en carne, qué pescados tenían más ácidos grasos, pues bien habían sido analizadas por él o por alguno de sus colegas, así como el ciclo de congelación, muy importante a la hora de mantener intactas todas las propiedades de las proteínas y vitaminas.

Recuerdo también que en 2001 se sacó una espinita que tenía clavada; quería ir a investigar a EE. UU., tal y como habíamos estado en nuestra etapa postdoctoral mi hermano Marcos y yo. Se desquitó con una aventura de tres meses en la Washington State University, Pullman, Washington, como becario senior OTAN. “Vuelvo a ser becario” decía, para asombro de toda mi familia, que no entendía muy bien que se le había perdido allí.

Lideró y participó en numerosos proyectos nacionales e internacionales. Fue miembro de numerosos grupos de trabajo y comités de normalización. Estuvo muy ligado a las Juntas de Gobierno de las Reales Sociedades Españolas de Química y Física durante el periodo que fue presidente del Grupo Especializado de Calorimetría y Análisis Térmico (GECAT, RSEQ, RSEF), 1989-2003. Fue el ideólogo junto con otros colegas del grupo y su

primer presidente. Siempre fue un miembro muy activo, ya durante el primer año se presentaron como grupo en el International Conference of Thermal Analysis and Calorimetry (ICTAC), y posteriormente se extendió al European Symposium on Thermal Analysis and Calorimetry (ESTAC) y al Mediterranean Conference on Calorimetry and Thermal Analysis (MEDICTA). Desde sus inicios, la calorimetría y el análisis térmico fueron su pasión, creó un completo laboratorio de técnicas instrumentales para la determinación experimental de propiedades físicas en alimentos gracias a que el Agricultural Research Service del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos le concedió un proyecto de cooperación. Viendo su Curriculum Vitae con más detalle, me he enterado, pues nunca nos lo mencionó, que logró dicho proyecto con una importante dotación económica, que en su época vendría a equivaler al cambio el millón largo de euros!

Trabajador incansable como lo demuestra el hecho de haber terminado el borrador de su último trabajo antes de irse de vacaciones. Evidentemente, los años no pasan en balde y ya no era capaz de trabajar 12 horas seguidas sin salir del laboratorio. Lo menciono con conocimiento de causa ya que cuando yo iniciaba mi andadura en la investigación, se me ocurrió decirle que quería aprender lo que hacía. No lo olvidaré jamás pues durante todo un verano me llevaba al laboratorio a primera hora y no nos íbamos hasta que no caía el sol, incluso comíamos dentro del laboratorio. Sudaba tinta, como se suele decir, no porque fuera difícil pues mi padre era una persona muy didáctica y le encantaba hablar de ciencia sino porque además de no tener aire acondicionado tenía que repetir las medidas incansablemente, con el fin de asignar un error que permitiera estar seguros de los datos que se obtenían. Esa faceta de rigurosidad y saber hacer siempre le ha acompañado y todos los que han trabajado o colaborado con él pueden confirmarlo.

En los últimos años se había convertido en un gran investigador e historiador sobre la Aviación Republicana Española, tema que le fascinaba pues había descubierto que su tío, Eduardo Fernández Prada, piloto de caza y combate de Polikarpov I-16, el famoso Mosca, perteneciente a la primera promoción de Sargentos piloto de la Aviación militar de la República, había sido erróneamente descrito en nuestra historia reciente. Tanto empeño le puso a la historia que viajó hasta Azerbaiyán para visitar lo que fue la Escuela de Vuelo número 20 del Ejército Rojo en Kirovabad, pues Eduardo estuvo en la primera expedición de alumnos.

Quisiera mencionar que en mayo de este año asistí con mi padre y con gran orgullo al aniversario de los 800 años de historia de la Universidad de Salamanca y al 60 aniversario de su promoción, donde encontré a sus amigos de juventud y de toda la vida. Paseando por esas calles y yendo a la Confitería Gil, a por los hornazos correspondientes, él siempre decía: *“Quod natura non dat, Salmantica non praestat”*, la mejor educación nunca podrá reemplazar lo que ha negado la naturaleza o la genética, es decir, la inteligencia, el ingenio, la memoria o la capacidad de aprender. Sin embargo, todo ello no es nada sin esfuerzo, tesón y humildad. Por último, podría rellenar muchas líneas sobre la gran figura científica de mi padre, en muchos casos políticamente poco correcta pero de innegable valía, y otras tantas acerca de sus cualidades personales. Todo ello se resume en decir GRACIAS, gracias por su mayor y su mejor legado, mi familia, y la ayuda a otras personas en Ciencia y fuera de ella, terminando por los órganos que quiso y pudo donar en su último adiós.

“SIT TIBI TERRA LEVIS” aunque él diría, “REQUIESCAT IN PACE”.

MARTA FERNÁNDEZ-GARCÍA